

REYES DE AVALIER · LIBRO DOS



EL

DESOLADO

REY

ELFO

LEIA STONE

CROSS  
BOOKS

REYES DE AVALIER · LIBRO DOS

EL  
DESOLADO  
REY  
ELFO

LEIA STONE



CROSSBOOKS, 2024  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Broken Elf King*  
© del texto: Leia Stone, 2022  
Publicado por acuerdo con Bookcase Literary Agency

© de la traducción: María Cárcamo, 2024  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2024  
ISBN: 978-84-08-29214-2  
Depósito legal: B. 12.454-2024  
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El carro cubierto se detuvo bruscamente y mi hombro se chocó con el de la persona sentada a mi lado. Murmuré una disculpa, y entonces se abrió la lona trasera.

—¡Fuera! —gritó el traficante de esclavos, y todos nos pusimos de pie. Nos costó un poco, teniendo en cuenta que teníamos las manos atadas a la espalda.

Seguí la línea de los demás prisioneros y, cuando llegué al borde del carro, salté con cara de dolor por una punzada en el talón. Eché un vistazo rápido a mi alrededor y vi que estábamos ante las puertas doradas de Elf City, la capital de Archmere. Nunca había salido de Nightfall, y aunque mi situación actual era bastante triste, quería al menos hacer un poco de turismo antes de que me vendieran a una vida de servidumbre. Mi padre, un elfo pura sangre, hablaba con cariño de su tierra, y ahora veía por qué. Unos árboles muy altos con flores blancas se alineaban con las puertas exteriores del castillo, y estábamos rodeados de colinas y montañas por todas partes. Era impresionante.

—¡Agacha la cabeza! —me gritó el traficante, dándome un golpe en la nuca.

Me tropecé de pronto con mi capa y di un grito al caerme.

Con las manos atadas a la espalda no podía hacer gran cosa, así que acepté la caída. Giré la cara hacia un lado, equilibré los hombros y me golpeé los pechos contra una roca. El dolor se extendió por toda la zona frontal de mi cuerpo, pero conseguí evitar que se me rompiera la nariz, así que puede decirse que salí victoriosa. Los demás presos se detuvieron y me miraron mientras me giraba hacia un lado y observaba con ira al traficante de esclavos. Era muy alto y robusto, humano, pero con la fuerza suficiente para hacerme daño si lo cabreaba.

Gruñí y, unos segundos más tarde, el traficante se agachó y me levantó por la axila.

—Si no eres capaz ni de andar recta, no me van a dar mucho dinero por ti. —El traficante escupió.

Quería darle un puñetazo en la garganta a ese bastardo, pero no podía en mi situación actual. Me conformaría con un cabezazo, aunque seguramente me matase. Lo único que podía esperar de momento era que mi nuevo dueño fuera una person... elfo decente.

La fila de esclavos se puso de nuevo en movimiento y me vi obligada a seguirla, dejando atrás la idea del glorioso cabezazo. Esta vez tuve más cuidado con dónde pisaba.

Me pregunté qué estaría haciendo mi tía en ese mismo instante. Cuando me capturaron la dejé gritando y llorando. Seguramente estuviera muy preocupada. Había vivido en Nightfall durante diecinueve años de mi vida y, como híbrida de humana y elfo, había tenido la suerte de nacer con orejas cortas. Así que ni la reina ni ninguna otra persona de Nightfall tenían ni idea de que no era humana.

—¿Cuál es tu deuda? —me susurró la chica que estaba a mi lado.

Me sacó de mis pensamientos y sacudí la cabeza sin terminar de entender a qué se refería.

—Apuestas. Le debo dos monedas de oro a Bino —me dijo con aire taciturno.

Bino era el encargado del tapete de póker de la taberna. Ahora entendía su pregunta. Quería saber por qué me vendían.

Nunca debí pedir el préstamo para las medicinas de mi tía sabiendo que no iba a poder devolverlo. Pero estaba desesperada por frenar las convulsiones que la atormentaban. Nadie me había enseñado a usar las habilidades curativas élficas, así que estábamos a merced de los doctores humanos y de lo que tenían disponible. Mi tía era humana, como mi madre, y mi padre era elfo. Mamá murió en el parto y a mi padre lo asesinaron en la plaza del pueblo como advertencia a los intrusos. Había venido a verme. Ahora mi tía era lo único que tenía, la única familia que había conocido.

—Cinco monedas de oro. Al farmacéutico —le dije.

Pareció sorprendida por la cantidad, seguro que pensaba que tenía un problema con las pastillas. Ojalá fuera eso; tendría mucho más sentido que pagar un ojo de la cara por una medicación vital. A veces pensaba que era su forma de deshacerse de los enfermos. Hacer que toda la gente débil y pobre que dependiese de una medicación muriera y así reforzar su sociedad perfecta. La mayoría de nosotros odiábamos a la reina Zaphira. Su plan enfermizo de humanizar a todo el reino suponía que todas las razas mágicas tenían que ser sacrificadas. Los necros, elfos, feéricos, lobos e incluso los dragontinos terminarían siendo eliminados de Avalier si la reina se salía con la suya.

—Mi tía está enferma. Necesita unos medicamentos muy caros —le expliqué a la chica.

Las convulsiones de mi tía comenzaron cuando yo tenía doce años. Pequeños ataques de vez en cuando, pero la última había sido tan fuerte que no pudo volver a mover la pier-

na después. Ahora la arrastraba al andar. Necesitaría más medicina en un mes para evitar futuras convulsiones.

—¡Basta de cháchara! —gritó el traficante, y la chica y yo nos separamos, miramos hacia delante y observamos la ciudad.

Elf City era preciosa. Estaba esculpida en madera de aliso con incrustaciones doradas y piedras semipreciosas. Los arcos apuntados eran asombrosos. Con la luz del sol que se reflejaba en las incrustaciones doradas y en las piedras preciosas parecía que brillaban a medida que avanzábamos. Pero habíamos cruzado toda la ciudad y apenas me había fijado, absorta en mis pensamientos y hablando con la chica. Ahora estábamos ante una puerta en un lateral de un gran castillo blanco.

—La entrada del servicio —dijo un guardia, y levanté la mirada para ver de dónde venía la voz.

Que nadie os diga que todos los elfos son altos y delgados. El hombre que vigilaba la entrada de servicio del castillo era todo lo contrario a eso. Un hombre bajito y rechoncho con la nariz picuda y unos ojos azules que me miraban con rabia. Tenía el pelo blanco dorado recogido en una coleta y trenzado por los lados. Me fijé en la espada que guardaba en la cadera y me pregunté si sabría usarla.

Era imposible que formara parte de la Guardia Real del rey. Los arqueros eran conocidos por sus emboscadas silenciosas desde las copas de los árboles. No creo que ese hombre fuera capaz de trepar un árbol.

El traficante apareció de la nada y me agarró por el cuello para empujarme la cabeza hacia abajo con tanta fuerza que sentí un intenso dolor en él.

—Te arrancaré esos bonitos ojos de la cara como no agaches la cabeza.

Gruñí, apretando los puños detrás de mí. Esa rata bastar-

da estaba empezando a cabrearme. Me habían vendido como esclava, sí, pero eso no significaba que fuera un saco de bo-xeo. Estaba a punto de cantarle las cuarenta cuando me soltó.

Me tambaleé hacia delante. Tenía la cara caliente, estaba furiosa, pero cogí aire y respiré hondo para relajarme.

Nos llevaron por un salón tan decorado como el exterior del castillo, y luego a un enorme almacén abierto con unos techos altísimos que se elevaban dos plantas. En las esquinas había sacos de harina y arroz, y montones de cazuelas y sartenes apiladas unas dentro de otras. Hicimos una fila contra la pared del fondo y miré hacia delante, a las ventanas de la segunda planta, donde había varias personas mirándonos.

¿Nuestros nuevos dueños?

No sabía nada de ser criada. Nunca había tenido una. Pero sabía cocinar y limpiar, así que imagino que sería algo parecido a eso.

«¿Verdad?».

—¡Os desataremos para que la jefa de las criadas compruebe si tenéis alguna enfermedad, luego se os asignarán vuestros nuevos trabajos en el palacio! —gritó el traficante, sacándome de mis pensamientos—. Si intentáis huir, os mataré y vuestra deuda recaerá en vuestro siguiente familiar directo.

¿Íbamos a trabajar en el palacio? Era un poco emocionante, la verdad. Miré los montones de harina y arroz y esperé que no me mandaran a las cocinas. No me molestaba cocinar, pero fregar los platos era un infierno. La comida húmeda me daba repelús. Me encantaría que me mandaran a la biblioteca, o incluso a trabajar con los curanderos. Como semielfa sin ninguna formación, no tenía la capacidad de curar, pero me encantaría aprender y ayudar como fuera posible.

Había estado estudiando biología en la Universidad de



Nightfall para intentar encontrar una cura para mi tía, pero ahora no servía de nada. Casi dos años enteros de clases, deberes y estudios para nada.

Mis grilletes se abrieron y giré los hombros, gruñendo por el doloroso alivio en mi pecho tras haber estado atada durante tantas horas de viaje. Durante una milésima de segundo, quise huir, correr a toda velocidad como si fuera un conejo por la sala, al exterior y hasta el bosque. Miré las puertas y vi a un arquero a cada lado. Estaban erguidos y en silencio, sin apenas moverse para respirar, con una flecha cargada en sus arcos.

Tragué saliva.

Entró entonces una anciana en la sala, con el pelo blanco atado en un moño bien acicalado sobre la cabeza. Llevaba un uniforme de criada de algodón azul con un delantal blanco, y tenía una pequeña varita en la mano.

—Soy la señora Tirth. Soy la jefa de las criadas en el castillo de Archmere. Comprobaré si tenéis piojos y me aseguraré de que no tenéis ninguna deformidad que os impida llevar a cabo vuestro trabajo aquí.

¿Piojos? Qué asco. Miré a la chica que tenía a mi lado, que se rascó la cabeza.

Éramos nueve en total, una mezcla de elfas, feéricas y humanas. El castillo debía de habernos comprado en grupo para diferentes trabajos. No quería sobrepasarme, pero quería trabajar de verdad con los curanderos o rodeada de libros, si era posible.

Me mordí la lengua y esperé a que la señora Tirth usara una vara para hurgar a todo el mundo en el pelo, les examinara la boca y les analizara con detalle las manos y los pies, hasta que llegó mi turno. Cuando se colocó delante de mí, hice una reverencia.

—Señora Tirth, ¿sería muy inapropiado que le ofreciera-

mos un listado de nuestras cualidades para que le sea más fácil asignarnos un trabajo?

La anciana arqueó una ceja y luego alzó la mirada hacia el balcón, donde varias siluetas encapuchadas seguían observándonos.

—¿Cualidades? —preguntó, y empezó a indagar en mi pelo con el palo.

—Sí, señora. Sé leer y escribir. Soy experta en química orgánica y siento pasión por la lectura y la curación.

La vara se detuvo, enredada en mi pelo, y la mujer me miró fijamente. Me preparé para su reacción, pero simplemente estalló en una carcajada. El traficante también se rio, al igual que las demás esclavas. Todo el mundo se estaba riendo de mí.

—Querida, solo te necesito para hacer pan o limpiar los baños —dijo la señora Tirth, y se me hundió el estómago.

Bueno, había merecido la pena intentarlo.

Noté que el traficante se movía detrás de mí.

—¿Quieres que compruebe si tiene ladillas? —jadeó, y luego me apretó el culo.

Con fuerza.

La señora Tirth parecía ofendida por el comentario, pero yo sabía que no haría nada al respecto.

Todos los sentimientos de ira reprimidos que había estado conteniendo desde que vinieron los banqueros a llevarme de casa de mi tía explotaron en ese momento. Una rabia vengativa se apoderó de mí y salté. Me di la vuelta para mirar a la cara al asqueroso traficante. Él me miró con unos ojos lascivos y le estampé la mano en la nariz, tal y como me había enseñado mi tía, y me recompensó el crujido de sus huesos. Él se inclinó hacia delante con las manos en la cara y yo le di un rodillazo, lo más fuerte que pude, en sus partes masculinas.

Su gemido llenó la habitación y se cayó hacia un lado con la cara roja.

—Santo Creador —dijo la señora Tirth a mis espaldas.

Me volví a girar hacia la jefa de las criadas.

—Me ha tocado las posaderas sin permiso. ¿Aquí se incentiva eso? —le pregunté, esperando librarme de cualquiera que fuera el castigo que estaba a punto de caerme por tomar represalias contra el traficante.

Ella se sonrojó y noté un movimiento en el balcón. Una de las siluetas encapuchadas se marchaba de la sala. Sabía que me había pasado de la raya, pero, maldita sea, lo que había hecho el traficante no estaba bien y esperaba que la señora Tirth estuviera de acuerdo. Mujeres apoyando a mujeres.

La señora Tirth tragó saliva.

—No, en absoluto —dijo finalmente.

Los dos arqueros estaban de pronto detrás de mí, agarrándome por las axilas y arrastrándome hacia la puerta.

«Mierda, ¿de dónde han salido?».

Intenté resistirme, pero fue inútil. Me levantaron del suelo, me clavaron algo en la axila para hacerme gritar y me llevaron como si fuera de papel.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y me giré hacia uno de ellos.

—Me ha agarrado. Seguro que lo has visto. Tampoco es que lo haya matado —rogué.

La puerta doble se abrió y me llevaron por el pasillo ornamentado hasta otra habitación más pequeña y en la que había un hombre sentado detrás de un escritorio, encapuchado con una capa gris para ocultar su identidad.

—A ver, es evidente que soy nueva aquí, así que ahora que ya conozco las normas, igual podéis hacer la vista gorda por esta vez —supliqué. No quería que me colgaran por

darle un rodillazo en las pelotas a un traficante, pero no podía quedarme de brazos cruzados. Los arqueros me soltaron delante del escritorio y salieron de la sala.

Me quedé allí, paralizada, mirando a la persona encapuchada.

—Lo...

—Hablas demasiado. Vamos a tener que trabajar en eso. —Tenía una voz áspera, potente, y supe de inmediato que estaba ante la presencia de alguien con poder.

—Sí..., señor. Puedo cambiarlo. ¿Doy por hecho que me perdona la vida? —No estaba muy segura de lo que estaba pasando.

El hombre se quitó la capucha con unos dedos largos y delgados, revelando la fuerte mandíbula y la preciosa cara del puñetero rey de los elfos.

—Raife Piedralucera —dije entre dientes, haciendo una reverencia muy profunda.

Sus ojos azules escanearon todo mi cuerpo como si estuviera evaluando mi reverencia, y me sonrojé.

—Tu reverencia indica que procedes de una familia de alta cuna —observó.

En realidad, no había nadie de alta cuna en Nightfall. Éramos o instruidos o analfabetos, y el noventa por ciento de las personas en Nightfall eran instruidas porque era obligatorio y gratuito. A mí me consideraban pobre pero muy instruida, así que, al fin y al cabo, era de alta cuna para él.

—Sí, mi lord —dije, intentando dar unas respuestas cortas porque había dicho que hablaba demasiado.

Se levantó y yo me quedé paralizada, atónita por lo larguirucho que era, al menos una cabeza y media más alto que yo, que ya era decir, porque yo era una mujer alta. Salió de detrás del escritorio y se puso en frente de mí.

—¿Cómo te llamas?

—Kailani Dulane, señor.

—¿Conoces cuál es el único don que comparten todos los reyes de Avalier? —preguntó, y yo sabía a qué se refería.

«Ay, Creador».

Tragué con fuerza. El rey Valdren de los dragontinos, el rey Lucien Espino de los feéricos, el rey Axil Luna de los lobos y el rey Raife Piedralucera de los elfos; todos tenían el don de oler las mentiras.

—Pueden oler una mentira —dije.

Pareció sorprendido.

—Sí que estás instruida.

La biblioteca de Nightfall tenía libros de todas las razas mágicas para ayudar a la reina en su plan de erradicarlas. Cuanto más sabíamos de ellas, más daño podíamos hacerles y terminar eliminándolas.

—Voy a hacerte una serie de preguntas y determinaré tu futuro basándome en tus respuestas —dijo, caminando lentamente en un círculo a mi alrededor.

Me empecé a marear, pero asentí.

Él inhaló por la nariz.

—¿Semielfa? —me preguntó con aparente satisfacción.

—Sí, señor. Por mi padre. —No dije nada más, en un esfuerzo por ser lo más breve posible.

—¿Nombre?

Tragué con fuerza.

—Rufus Dulane. Vivía en el pueblo pesquero de Madri-guera del Rey.

Él asintió, aparentemente satisfecho con la respuesta.

—¿Por qué te han vendido a la servidumbre? —preguntó.

Suspiré.

—Pedí un préstamo que no pude devolver.

—Obviamente. —Parecía molesto por una respuesta tan corta—. ¿Para qué?

No me gustaba lo intrusivas que eran las preguntas, pero sabía que debía contestarlas sinceramente. Mi vida estaba en sus manos.

—Para unos medicamentos vitales para mi tía.

Frunció el ceño, confuso. Se quedó perplejo con esa respuesta. La gente de Archmere no necesitaba medicamentos. Si enfermaban, se curaban. Gratis. Era tan sencillo como respirar.

—¿Sabías que no podrías devolver el préstamo cuando lo pediste? —me preguntó.

Entonces gruñí ligeramente y se me desvió la mirada a sus manos.

—Sí —dije molesta—. Para salvar a mi tía.

Pareció considerar mi respuesta.

—¿Qué piensas de la raza élfica?

Arrugué la frente.

—Es una pregunta poco precisa. No...

—Necesito saber si voy a contratar a alguien que me odia a mí y a los míos —aclaró—. Creciste en Nightfall, bajo el mandato de la reina.

¿Estaba pensando en contratarme? ¿No en matarme? Eso me emocionó. A lo mejor no terminaba en la horca.

Asentí.

—Creo que son afortunados. No tienen enfermedades y pueden curarse con facilidad. Me dan un poco de envidia las habilidades curativas y no les deseo ningún mal.

Frunció el ceño.

—¿Envidia por una habilidad que tú posees?

Noté cómo se me sonrojaban las mejillas.

—Nunca florecí. Mi padre murió antes de poder entrenarme y... mi magia no llegó nunca.

Florecer era como llamaban los elfos al momento en el que aparecía la magia, normalmente a los cinco años, cuando se empezaba el entrenamiento.

Entonces se puso delante de mí, con los hombros nivelados y mirándome directamente a los ojos.

—Muy bien... ¿Y qué opinas de la reina de Nightfall?

Me quedé rígida y aguanté la respiración. No era ningún secreto que la reina había asesinado a toda la familia del rey elfo cuando tenía catorce años. Siete hermanos; solo él sobrevivió. Él la odiaba, hasta donde yo sabía; y yo también, pero decir eso en voz alta era traición.

Miré por encima del hombro para comprobar que la puerta estaba cerrada. Hablar en contra de la reina tenía una respuesta rápida, y nunca lo había hecho, ni siquiera con mi tía. Nos quejábamos de la falta de alojamiento o del tratamiento. Hablábamos mal de algún acto del ejército, pero nunca de ella. Él estrechó los ojos.

—¿Qué opinas de la reina de Nightfall? —repitió.

Respiré hondo.

—La odio. Le deseo la muerte para que todos podamos vivir en paz —dije apresurada, y luego me llevé las manos a la boca.

Se le escapó una sonrisa involuntaria durante un segundo, pero desapareció enseguida.

—Muy bien. Me gustaría contratarte como mi nueva asistente personal. La última se casó y se fue —declaró, y volvió a sentarse tras el escritorio para garabatear algo en un trozo de pergamino.

Yo me hundí aliviada. ¿Asistente personal del rey? Sonaba importante. No como limpiar baños o hacer pan.

—Será... será un honor.

—Necesito a alguien instruido —dijo firmemente sin levantar la vista del pergamino—. Que sea rápida tomando notas, que sepa leer y que me informe de cualquier novedad.

Casi me da algo de la alegría.

—Me encanta leer. Me leo un libro al día, de cualquier tema, incluso de ficción, por placer.

Levantó la mirada y apartó el trozo de pergamino que había escrito. Me ofreció una pluma y tinta.

—Hazlo rápido.

Yo no tenía ni idea de lo que era. ¿Una especie de prueba? Se me daba bien trabajar bajo presión, así que me senté en una silla enfrente de él y cogí la pluma, la tinta y el trozo de pergamino.

Era una prueba. ¡Y estaba en tres idiomas diferentes!

Gracias al Creador, los hablaba todos.

—Hacía años que no veía algo escrito en élfico antiguo —admití. Mojé la pluma en la tinta, agradecida por haber tenido curiosidad por los idiomas de todo el reino y por haberlos estudiado todos.

La primera pregunta estaba en élfico antiguo y era muy sencilla. Era un problema sobre navíos pesqueros que se hundían en el territorio de Fallenmoore. La pregunta era si el rey elfo tenía derecho a recuperar el buque o necesitaría el permiso del rey Luna antes de hacerlo. Parecía más bien una pregunta para asegurarse de que entendía el idioma.

La respondí y pasé a la siguiente. Esta estaba escrita en élfico moderno. Otra pregunta simple que respondí sin mayor problema. La última era un problema aritmético detallado escrito en avalierano, que era el idioma que compartían todos los pueblos de Avalier.

Lo terminé sin dificultad y le devolví el pergamino.

Él arqueó las cejas.

—Qué rápida.

Me encogí de hombros.

Miró el pergamino, cogió la pluma e hizo unas cuantas notas junto al problema de aritmética, como si estuviera evaluando mi trabajo.



—Bien hecho.

Sonreí.

Se cruzó de brazos delante de mí.

—Mi consejo no para de insistir en que me case. El proceso de cortejo empieza pronto. Necesito que tomes notas detalladas de todas las mujeres a las que conozca y me ayudes a decidir a cuál escoger.

Casi se me salen los ojos de las cuencas.

—¿Queréis... queréis que os ayude a elegir esposa?

Él asintió despreocupado.

—Es la única forma de que el consejo me deje en paz.

«¡Caray! Qué mujer más afortunada». Parecía estar ansioso por casarse.

—Claro, puedo hacerlo. —Si conseguía mantener la cabeza sobre los hombros podía hacer prácticamente cualquier cosa—. ¿Cuáles son mis otros deberes? Me gustaría escribirlos todos —le dije.

Pareció impresionado. Me dio un pergamino en blanco y una pluma. Escribí lo que ya me había dicho.

*Encontrar esposa.*

—Me acompañarás a las reuniones, me recordarás los nombres y empleos de la gente. Me gusta saber cuándo son los cumpleaños de mis trabajadores, pero no soy capaz de recordarlos.

—Por supuesto.

Se inclinó hacia atrás en su silla.

—Ah, y mi antiguo probador murió, así que necesito que lo cubras hasta que encuentre a uno nuevo.

Me quedé helada. Probador de sabores de la realeza era uno de los trabajos más peligrosos del reino. Se envenenaban constantemente.

—No pudisteis... ¿curarlo?

Frunció el ceño.

—No a tiempo. Es un error común pensar que los elfos pueden curar cualquier cosa y nunca enferman.

—¿Qué os parece alguna de las esclavas que habéis traído? —Tenía ocho.

Sacudió la cabeza.

—No confío en ellas.

¿Eso significaba que en mí sí confiaba? Si era así, ¿por qué?

Bueno, sería solo algo provisional hasta que encontrara a uno definitivo.

*Encontrar esposa.*

*Recordar nombres, cumpleaños.*

*Acudir a reuniones.*

*Probadora de comida.*

—¿Algo más, mi lord?

Él asintió.

—Si voy a confiar en ti y vas a trabajar junto a mí, necesito que hagas un juramento de no agresión.

Levanté las cejas. No sabía qué era eso, pero sí sabía que los elfos se tomaban muy en serio los juramentos.

—Vale —dije tímidamente. Hacía diez minutos le había dado un rodillazo en las pelotas a mi captor y ahora estaba en una entrevista de trabajo con el rey de los elfos.

«Menudo día».

El rey carraspeó.

—Una cosa más...

Me preparé. Parecía ligeramente incómodo.

—¿Estás soltera?

Ah, qué pregunta más fácil.

—Sí. Soltera. No he conocido a ningún hombre al que pudiera tolerar lo suficiente como para casarme.

Volvió a aparecer la sonrisa involuntaria y asintió.

—¿Hijos?

Sacudí la cabeza.

—No.

Parecía aliviado.

—Es un trabajo muy exigente que te ocupará todo el día. Me temo que tener una familia te impediría servirme en condiciones.

Asentí.

—Estoy completamente a vuestra disposición, señor.

Era una criada con una deuda de cinco monedas de oro que saldar. Tampoco era como si mi familia hubiera podido mudarse allí conmigo.

Carraspeé.

—¿Cuánto paga?

Él hundió la cabeza, más cómodo, como si no le molestara hablar de dinero.

—Le pagaré tu deuda hoy mismo al traficante. Luego ganarás una moneda de oro al año.

Cinco años. Tardaré cinco años en ganar lo suficiente para tres meses de medicamentos para mi tía. Me invadió la rabia. No hacia él, sino hacia el farmacéutico que me cobró tanto por un medicamento vital.

—¿De cuánto es la deuda?

Suspiré.

—Cinco monedas de oro.

No pareció sorprendido. Quizás iba gente con deudas más altas y trabajaban para él toda la vida, pero yo quería tener mi propia vida. Estaba agradecida por el puesto, pero trabajar cinco años allí comprobando que la comida no estuviera envenenada y ayudándolo a cortejar a una esposa no era pre-

cisamente mi pasión. Tendría veinticuatro años cuando saliese de allí. ¿Demasiado mayor para intentar ser doctora?

—¿No estás contenta con un trabajo para cinco años?  
—Estrechó los ojos; no confiaba en mí. No sabía por qué. Como si pudiera mentirle.

—Un poco sorprendida por la cantidad de tiempo para pagar la deuda —dije con sinceridad—. Tenía la intención de ser doctora... Dejé la universidad por esto, y me hace mucha ilusión volver a estudiar. —Me rasqué la nuca y arrugué la cara, olvidándome del daño que me había hecho antes el traficante.

Sus ojos se inundaron de comprensión, y luego de lástima.

—Aquí no estudiamos medicina como en Nightfall, pero puedes acompañarme en mis rondas de curación y hacer las preguntas que quieras, siempre que no sean demasiado intrusivas ni molestas.

La esperanza estalló en mi interior.

—Mi lord, eso sería maravilloso.

Todos los elfos tenían una especie de habilidad curativa, por mínima que fuera, pero había que aprenderla y practicarla para que floreciera. Como yo no había florecido, mi magia estaba prácticamente muerta, pero trabajar de lo que fuera en una enfermería sería increíble.

—Una última cosa. —Se puso de pie, salió de detrás del escritorio y me puso la mano sobre la nuca. Sentí un escalofrío por la espalda y el daño que me había hecho el traficante desapareció. Raife se encogió durante un segundo y volvió a sentarse; cogió la pluma y escribió una nota.

¿Me acababa de curar? ¿Con un mero roce?

—Gracias —dije.

—Puedes irte a tus aposentos —dijo, sin levantar la vista del pergamino—. Instálate. Te llamaré a primera hora de la mañana. Dale esto a la señora Tirth. —Me entregó la nota que acababa de escribir.

Me quedé de pie, asimilando que ya podía marcharme, y cogí el trozo de pergamino.

«¿Asistente personal del rey?».

«Toma ya».

La señora Tirth estaba esperándome fuera del despacho. Le di la nota y ella frunció el ceño.

—Esta no es la letra del rey —dijo.

La miré y me sonrojé. Le había dado la lista de mis deberes. Se la quité y le di la nota que había escrito el rey.

La analizó rápidamente y puso cara de sorpresa.

—Nueva asistente personal.

—Ya. Yo pensaba que después de atacar al traficante me iban a colgar.

La señora Tirth sacudió la cabeza.

—Seguramente por eso te haya dado el trabajo.

Ahora era yo la que estaba sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Ella miró de nuevo al despacho y bajó la voz hasta un susurro.

—El rey odia a los traficantes. Y le gustan las mujeres fuertes. Así no tiene que preocuparse de que te puedan matar fácilmente.

Qué cosa más rara. Asentí sin más.

—¿Tienes alguna pertenencia? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Los deudores no me dejaron coger nada.

—No pasa nada. El trabajo incluye ropa, comidas y alojamiento gratuito.

Qué alivio.

—Como asistente personal de la realeza de alto nivel, se espera que vistas acorde. Ahora eres reflejo de esta monarquía. Nada de algodón. Solo seda y raso. Las decoraciones preferiblemente de encaje. La modista de palacio te

hará algo —dijo la señora Tirth mientras cruzábamos los pasillos.

Me encantaban los vestidos elegantes. No hacía falta que me obligaran a llevar seda y encajes.

—Hablemos de los comportamientos —añadió—. Como miembro del equipo del rey, se te pedirá que no bebas en horas de trabajo, y nada de palabrotas ni ningún otro tipo de comportamiento inapropiado para una señorita.

Asentí.

—Por supuesto.

Ahí había una historia, un motivo para tener que decirme eso, y estuve tentada de preguntar.

Pasamos por otro largo pasillo y nos detuvimos en una puerta doble negra.

—Vamos a hacer el juramento de no agresión y ya podrás instalarte en tu habitación. —La señora Tirth sonrió amablemente.

Ah, sí. Se me había olvidado.

—De acuerdo.

La señora Tirth llamó a la puerta con los nudillos y se abrió.

Ahogué un grito cuando vi al rey al otro lado.

Pero ¿qué...? Miré hacia atrás, preguntándome cómo había podido salir de su despacho y llegar allí antes que nosotras. Se me abrió la boca, luego la cerré, y se me volvió a abrir.

Él guiñó un ojo.

—Túneles secretos.

Ese guiño me provocó algo en mi interior, pero lo ignoré. Túneles secretos. Claro, tenía sentido.

El rey se apartó de la puerta y fue al fondo de la sala, dejándome verla por primera vez.

Vaya. ¡No esperaba ver camas de cristal! Mi padre las

mencionaba en los diarios que me había dejado. Era la única forma que tenía de conocer su vida en Archmere y cómo era criarse allí. Las camas de cristal eran curativas y regenerativas. Pero, no sé por qué, pensaba que hoy en día tendrían un propósito diferente.

El rey se acercó a una cama oscura, tallada en una roca transparente de color ahumado, y se tumbó en su interior. Había seis camas de cristal: rosas, moradas y negras, dos de cada una, lo bastante grandes para que un hombre adulto durmiera en ellas. La habitación era tranquila y curativa, con suelos de piedra blanca y paredes malvas con manchas doradas.

—Tumbate en la otra cama de cristal negra —dijo la señora Tirth, y me la señaló.

El corazón me latía con fuerza en el pecho a medida que me acercaba a la cama.

«¿Qué conlleva exactamente este juramento?».

Pensaba que sería más como una promesa, pero ahora me preocupaba que hubiera magia de por medio. Quería conseguir este trabajo, y no tenía intención de hacerle daño al rey, así que supongo que tendría que hacerlo y ya está.

Me tumbé en la cama y me sorprendió que, aunque fuera dura, no era incómoda. Se amoldó a mi cuerpo.

En cuanto me tumbé del todo, brilló con una luz morada muy oscura.

—Uuuh —dije.

—Es perfectamente normal. —La señora Tirth se inclinó sobre mí—. Tan solo está sincronizando tu energía y la del rey para el juramento.

¿Sincronizando nuestra energía?

«A ver, tú respira», me dije para intentar tranquilizarme. «Son elfos curanderos, no pueden matarme, ¿verdad?».

La señora Tirth miró al rey, que debió de parecer satisfecho, porque entonces volvió a mirarme a mí.

—Di tu nombre completo —dijo con una voz muy seria. Solté una respiración temblorosa.

—Kailani Rose Dulane.

La señora Tirth me miró con ojos inquebrantables.

—Tú, Kailani Rose Dulane, ¿juras no hacerle daño jamás a Raife Piedralucera, rey de los elfos?

—Lo juro —dije, aliviada de que fuera más bien un juramento oral.

Entonces, la señora Tirth se arrodilló para estar a mi altura, con sombras espeluznantes en la cara por la luz morada.

—¿Juras no ayudar jamás en ningún plan para hacerle daño a él o a esta monarquía? ¿No intentar herir ni siquiera un pelo de su cabeza para no sufrir tú el mismo destino?

Esta vez las preguntas eran más amenazantes, y la energía morada oscura que había estado brillando alrededor de mi cuerpo ahora se había tensado como unas bandas y empezaba a apretarme.

¿Sufrir el mismo destino? Entonces, ¿si le hiciese daño, me haría daño a mí? Eso era algo más que un juramento, era magia. Pero, como he dicho antes, no tenía ninguna intención de hacerle daño al rey, y yo era de Nightfall, su enemigo mortal, así que sabía que si no hacía eso no confiaría en mí.

—Lo juro —dije, y las bandas se soltaron, la luz se desvaneció y la señora Tirth se puso de pie, apartándose como si se hubieran disipado todas las sospechas hacia mi persona.

Me incorporé, miré al rey, que se había puesto de pie, y me pregunté en qué narices me había metido.